

El caballo en América: una breve crónica de su regreso

¹Claudia I. Alvarado León, ²Nicolas Delsol, ³Margarita Cossich Vielman

¹Universidad de Copenhague, Instituto de Estudios Interculturales y Regionales (ToRS),

²University of Florida, Florida Museum of Natural History, ³Posgrado en Estudios Mesoamericanos, UNAM.

Resumen

Los registros de caballos más antiguos en México datan para el Eoceno. Sin embargo, este grupo de mamíferos desaparece del territorio hacia la transición del Pleistoceno al Holoceno para regresar acompañando a los europeos en su “descubrimiento” y conquista de América a finales del siglo XV e inicios del XVI. Las impresiones en el imaginario de los habitantes de aquel territorio multicultural ante la presencia del humano sobre la bestia son manifestadas en las crónicas, en los códices y en los idiomas de cada una de estas sociedades. Este trabajo expone los primeros testimonios sobre este animal en La Hispaniola y de aquellos 16 que arribaron con la invasión española. Abordamos los medios en los que fueron representados, su significado y las evidencias de los restos óseos hallados en contextos coloniales. Nuestro objetivo, explicar la relación que establecieron los nativos con la especie animal recién llegada a sus territorios.

Palabras clave: *Equus*; Conquista Española, Imaginario, Interacción humano-fauna

Abstract

The earliest records of horses in Mexico date back to the Eocene. However, this group of mammals disappeared from the territory towards the transition from the Pleistocene to the Holocene and came back accompanying the Europeans in their "discovery" and conquest of America at the end of the 15th and the beginning of the 16th century. The impressions in the imaginary of the inhabitants of that multicultural territory regarding the presence of the human upon the beast are manifested in the chronicles, the codices, and the languages of each one of these societies. This article presents the first testimonies about this animal in Hispaniola and of those who arrived with the Spanish invasion. We address the media in which they were represented, their meaning and the evidence of bone remains found in colonial contexts. Our objective is to explain the relationship that the natives established with this animal that had recently arrived in their territories.

Key words: *Equus*, Spanish conquest; Imaginary; Human-animal interactions

Introducción

Las interacciones entre el humano y el animal varían a lo largo del tiempo obedeciendo tanto a la disponibilidad de los últimos como a las necesidades de los primeros. El resultado de estas interacciones es la presencia de patrones utilitarios que incluyen tanto su uso para alimento, vestido e instrumentos de trabajo, como su incorporación al imaginario colectivo en rituales y en aspectos religiosos (Corona-M, 2017, 2018 y 2019; Corona-M y Arroyo-Cabrales, 2002).

En este sentido, el caballo ha tenido un papel de gran relevancia para el humano desde hace cientos de miles de años, ya que éste ha sido parte de su dieta y, en muchas sociedades, de su religión; le ha servido como medio de transporte y de carga; como instrumento de guerra y de trabajo; como marcador de estatus y símbolo de prestigio; e incluso para uso deportivo.

Este trabajo tiene como objetivo ofrecer un panorama diacrónico de las travesías del género *Equus* desde sus orígenes en América, su eventual extinción del continente que le vio nacer, hasta su regreso “exitoso” derivado de la Conquista. Además, se presentan las implicaciones y consecuencias que tuvo su llegada en las sociedades mesoamericanas y la gran adaptación del animal hasta volverse indispensable en el devenir de las sociedades americanas.

Origen y domesticación: datos paleontológicos y moleculares de los caballos

Los caballos más tempranos surgieron durante el Eoceno Inferior -hace cerca de 56 millones de años- en Norte América (Priego-Vargas et al, 2016), siendo el *Hyracotherium* o *Eohippus* el más tempranamente descrito. Durante el Mioceno, la diversificación genética se acrecentó y se dio una dispersión geográfica extensa desde Norteamérica hacia Eurasia y África a través de Beringia, así como hacia Sudamérica. Hoy en día, la mayoría de esta diversidad se encuentra extinta, limitándose únicamente al género *Equus*. Muchas de las especies comenzaron a desaparecer hace cerca de 125,000 años, durante el pleistoceno y el holoceno. Sin embargo, fue hacia finales de la última era glacial, hace unos 10.000 años, que el caballo se extinguió en América. Actualmente, existe un mayor consenso de que la causa principal de la pérdida de megafauna se debió a las actividades humanas, aunque el cambio climático debió tener un papel importante (Lundgren et al, 2021: 491; Mitchell, 2017: 323).

El genoma mitocondrial del caballo se secuenció completamente por primera vez en 1994 (Xu y Arnason, 1994). Desde entonces, múltiples estudios se han centrado

en pequeñas porciones de la mitocondria, enfocándose particularmente en aclarar la historia filogenética de los caballos domésticos (Jansen et al, 2002; Lister et al, 1998; Vilà et al, 2001). Estos primeros estudios señalaron la alta variabilidad genética entre las variedades de caballos y la falta de estructuración geográfica de los diferentes haplotipos equinos. Estos estudios sugieren que, *Equus caballus* surgió luego de varios eventos de domesticación en diferentes lugares de Eurasia durante la Edad del Bronce, alrededor de 4000 años antes del presente.

Por otra parte, algunos estudios se han centrado, particularmente, en la filogeografía de las variedades de caballos entre la Península Ibérica y América (Lira et al, 2010; Luís et al, 2006; Seco-Morais et al, 2007). La comparación de la región de control en diferentes razas de caballos ibéricos y americanos reveló que los primeros eran en general los más diversos, seguidos por las poblaciones equinas sudamericanas y, por último, las norteamericanas con una diversidad genética menor (Luís et al, 2006). Entre las diferentes razas que se encuentran actualmente en el hemisferio occidental, muchas presentaron una alta frecuencia de haplotipos que se remontan a la Península Ibérica.

En lo que refiere a México, entre los mamíferos más comunes registrados para el Pleistoceno se encuentran los caballos (Jiménez-Hidalgo et al, 2019). De acuerdo con distintas investigaciones, las especies reconocidas incluyen *E. conversidens*, *E. mexicanus*, *E. francisci*, *E. ferus* y *E. cedralensis*. A la fecha, se han registrado 23 localidades en México con evidencia de caballos pleistocénicos, incluyendo los estados de México, Nuevo León, Coahuila, Aguascalientes, Puebla, Michoacán, Jalisco, San Luis Potosí, Oaxaca, Chiapas y Guanajuato (Álvarez, 1965; Jiménez-Hidalgo et al, 2019; Priego-Vargas et al, 2017).

El regreso del caballo a América

Varios milenios después de la extinción del caballo en América, los equinos arribaron a sus tierras de origen acompañando a Cristóbal Colón, el 28 de noviembre de 1493 (García, 1950: 105; Johnson, 1943). A través de una cédula, escrita por Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla el 23 de mayo de 1493 (Johnson, 1943), se instruía darle a Colón 20 caballos y cinco yeguas berberiscos, mismos que fueron cambiados por la propia tripulación por caballos más ordinarios (Cambero-Santano y Martín-Cuervo, 2017:121; García, 1950; Johnson, 1943: 592). Desde ese momento, el traslado de équidos al nuevo continente se dio ininterrumpidamente.

En el mapa del cartógrafo Abraham Ortelius, quien en 1570 publicó el primer atlas moderno, se localiza el golfo de Las Yeguas entre las costas al sur de la Península

Ibérica y las islas Canarias. Las Canarias eran escala obligada en los trayectos transatlánticos; de acuerdo con varios autores (Capote et al, 2002; Capote y Tejera, 2000; Fernández de Oviedo, 1851: 36), lo complicado del primer tramo de navegación de Europa a América provocaba la muerte de los equinos, mismos que tenían que ser arrojados por la borda, lo que llevó a nombrar así a dicho golfo.

A partir del segundo viaje de Colón, el archipiélago fue punto de avituallamiento para las naves en donde se proveían de varias especies de animales domésticos, entre los que se encontraban cabras, ovejas y cerdos. El archipiélago no contaba con abundancia de ganado vacuno y caballar durante los primeros viajes transatlánticos; de hecho, hacia 1531 quedó prohibida la extracción de yeguas de las Canarias en las Ordenanzas del Cabildo (Morales, 1974: 36). Por lo que, el viaje de España hacia América a través de las Macronesias y el Caribe fue el medio de difusión de estas especies en los distintos puntos de la ruta (Figura 1).



Figura 1. Mapa de la ruta intercontinental y la difusión del caballo en América durante los siglos XV y XVI. (Mapa por Nicolas Delsol).

Como acotación, cabe destacar que en uno de los viajes de Colón se enviaron tres mulas (Johnson, 1943). Estos animales, aunque menos referidos, también tuvieron un papel relevante en territorio americano. De acuerdo con García, (1950), en 1505, la nave de Alonso Núñez transportó bestias asnales desde Sevilla hacia La Española.

La isla de La Española fue la primera en sufrir el impacto de la llegada de animales de carga en 1493, poco tiempo después se extendería a otras islas antillanas (Crosby, 1972; Johnson, 1943). Mientras los pueblos arahuacos y caribes eran casi eliminados, los animales recién llegados se reprodujeron rápidamente: caballos, cerdos, reses, pollos, borregos y cabras. Los escasos depredadores americanos, las pocas o nulas enfermedades y la libertad de pastoreo en tierras ricas en pastos, raíces y frutas fueron aspectos fundamentales para la rápida reproducción de los equinos. En tan sólo una década, los habitantes de La Española podían tener una yegua para su uso personal y no pasó mucho tiempo para que se permitiera su libre comercio.

Por lo mismo, para el momento en que Hernando Cortés invadió tierra continental, los europeos ya tenían un campamento base a gran escala en el Caribe, mismo que proveyó a los conquistadores de los recursos necesarios para su empresa (Crosby, 1972). Así, Cortés enviaba continuamente emisarios a La Española para ordenar la construcción de bergantines, hacerse de mosquetes, pólvora y caballos para la guerra que estaba librando (MacNutt, 1912: 149-150).

El caballo a partir de 1519

En su obra, Bernal Díaz del Castillo (2015) destacó la llegada de los primeros 16 caballos a las costas del actual territorio mexicano en 1519. Su detallada descripción incluyó el pelaje, el temperamento, las cualidades y en algunos casos hasta sus nombres, lo que revela la importancia que tuvieron estos animales para los recién llegados. Sin embargo, únicamente 13 arribaron a Tenochtitlan el 8 de noviembre de ese mismo año. De acuerdo con Camila Townsend (2015: 98), al llegar a las costas de Veracruz, uno de los 16 caballos se quedó en el puerto y dos más murieron durante la guerra de 18 días que libraron los españoles contra los tlaxcaltecas.

Una segunda camada de 80 caballos desembarcó con Pánfilo de Narváez en 1520, quien traía la misión otorgada por el Gobernador de Cuba Diego Velázquez, de capturar a Cortés y su ejército. Años después, para el asalto final a Tenochtitlan, los españoles contarían con 86 bestias; Pedro de Alvarado llevaría cientos de equinos para la conquista de Guatemala; y, para su viaje a Las Hibueras, Honduras, Cortés partiría con 120 caballos (Cabrero, 1998; García, 1950).

En un principio, los indígenas, además de pensar que jinete y caballo eran un mismo ser (Bruhn, 1986: 10), también creían que éstos eran inmortales. Por eso, cuando un caballo moría, Cortés lo mandaba enterrar. En 1530, Francisco Pizarro hizo lo

propio para que “siempre estuviesen los indios en creencia que no podían matar los caballos” (Mira, 2016). Asimismo, los indígenas pensaban que estos animales eran devoradores de humanos y que, además, se alimentaban como humanos, por lo que les proveían de alimentos como perros, legumbres y aves.

A pesar de que las mulas y los burros no fueron tan abundantes ni solicitados en un principio como los caballos, aquellos eran utilizados por gente con rango alto como Pedro de Alvarado. Una vez que comenzaron a abundar, las mulas dejaron de ser usadas por los ricos y, años más tarde, tendrían una mayor demanda como medio de transporte en la actividad minera.

Los équidos eran la protección más preciada para los españoles, tanto por ser un excelente animal de carga y transporte, como por su eficacia como instrumento en la guerra. De acuerdo con algunos autores, los caballos funcionaban como armas psicológicas a la par de los perros (Bruhn, 1986); no obstante, su uso para impresionar a los indígenas no debió durar mucho, al percatarse de su mortalidad y vulnerabilidad en determinados terrenos. Daniel (1992) ha señalado que, el alcance del caballo como arma de guerra no se debió tanto a su impacto psicológico como a su fuerza de golpe al irrumpir en las unidades enemigas.

Entre las estrategias del ejército montado se encontraba la de enviar al frente entre tres y cinco jinetes para explorar el territorio. Otra de las tácticas implementadas en batallas, siempre y cuando el terreno fuera plano, era enviar en delantera un grupo de cinco soldados montados para romper las filas de los ejércitos mesoamericanos (Daniel, 1992: 189; Díaz, 2015: 435). Por lo mismo, para protegerlos se les confeccionaban petos de cuero o algodón (v. Bruhn, 1986: 21-24). Asimismo, era sabido que, en combates sobre terrenos accidentados como barrancos y montañas, los ballesteros tenían mejor ventaja (v. Hassig, 1992: 164).

Por otro lado, en situaciones adversas los caballos fueron utilizados como alimento para la sobrevivencia (Corona-M, 1996: 107; MacNutt, 1912: 144). Así lo constatan los relatos de Díaz (2015), Bernardino de Sahagún (2006) y el *Lienzo de Tlaxcala* (Chavero, 1892) (Figura 2), en donde se describe que, pasados seis días de la derrota de la Noche Triste, uno de los varios caballos que resultaron heridos murió, por lo que los soldados cansados y sin provisiones lo descuartizaron y comieron. Entre las consecuencias de este mismo evento, 53 españoles, varios tlaxcaltecas,

chalcas y tetzcocanos, junto con cuatro caballos fueron capturados, sacrificados y sus cabezas colocadas en el *tzompantli*¹ (Figura 3).

Distintos cronistas dejaron plasmada la idea de que, sin el caballo, los españoles no hubieran logrado la conquista de una amplia región del continente americano. Para ellos, este animal les permitió descubrir, imponerse y dominar tanto a los habitantes como al territorio.

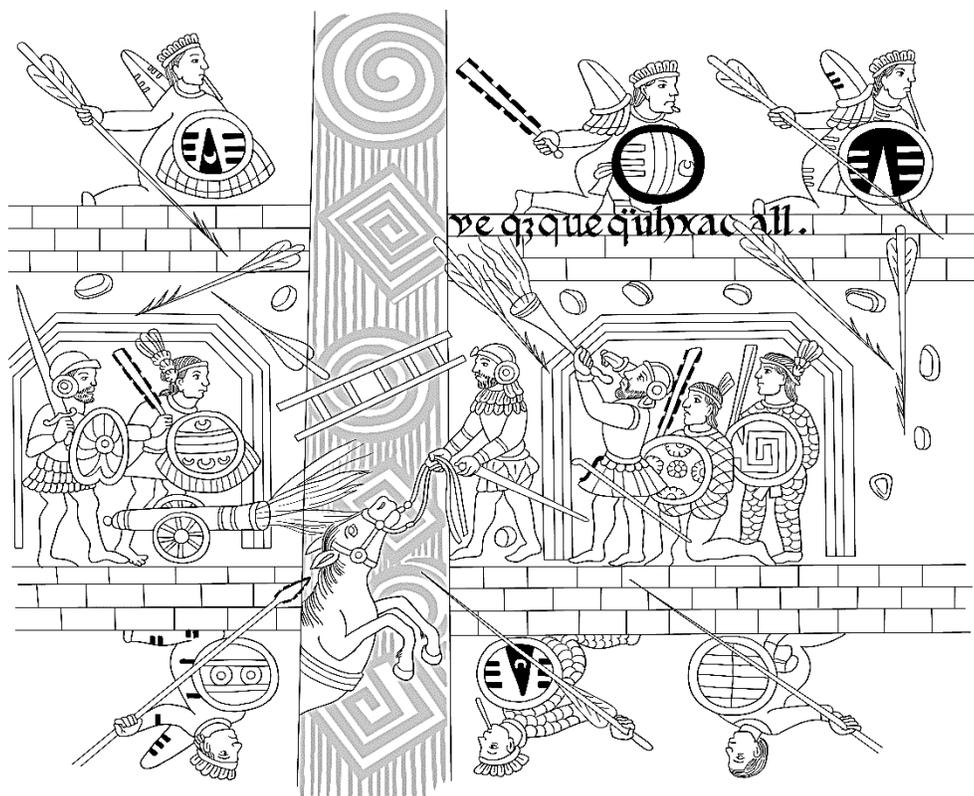


Figura 2. Representación de caballo herido en el campo de batalla. Lámina 17, *Lienzo de Tlaxcala*. «Proyecto reconstrucción histórica digital del Lienzo de Tlaxcala» Dibujo Camilo Moncada.

¹ Muro, hilera o bandera de cabezas humanas pertenecientes a individuos sacrificados o cautivos que eran exhibidos en distintas partes de la ciudad. Los cráneos eran perforados por las sienas para insertarles un palo para sostenerlos; en ocasiones las cabezas eran exhibidas con piel y cabello.

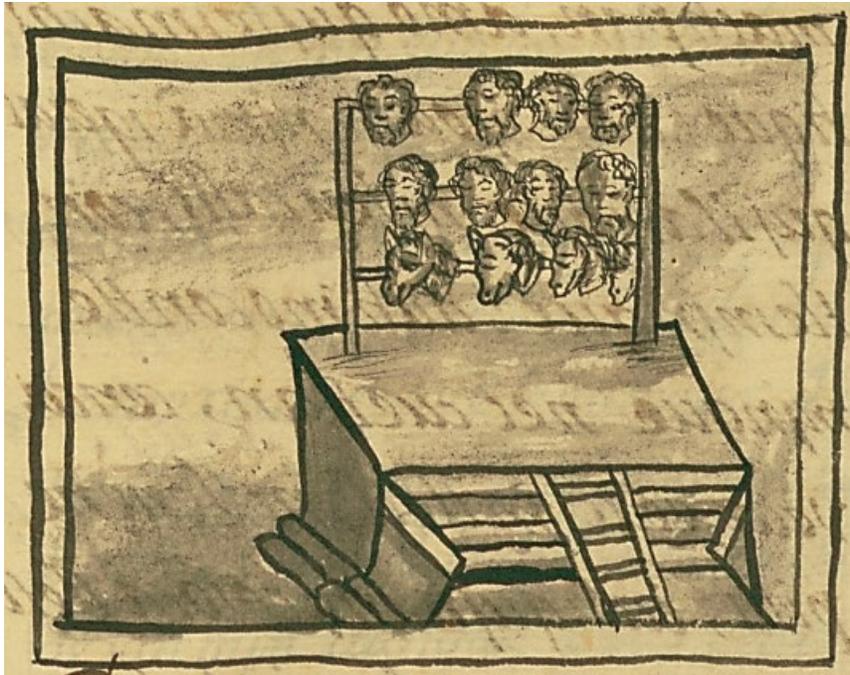


Figura 3. Tzompantli en Códice Florentino, Cap. XXXV, Libro 12.

Los caballos fueron el medio para alcanzar el objetivo final. Es probable que los nativos americanos se hayan sorprendido por la presencia de una bestia fuerte, rápida y obediente a la voz humana. Sin embargo, no tuvo que pasar mucho tiempo para que el caballo se convirtiera en un animal común; incluso, algunos dirigentes indígenas entre los tlaxcaltecas obtuvieron varios privilegios por ser conquistadores junto a los españoles. Entre ellos, se les otorgó permiso para portar armas de fuego y montar a caballo, concesión que se encontraban al mismo nivel que tener escudos de armas, estar exentos de pagar tributos, dar servicio a los pueblos y mantener sus propios gobernantes (Asselbergs, 2010; Mira, 2023: 117). También sirvieron como soborno, para disminuir los ataques de los indígenas y buscarlos como aliados.

El Lienzo de Tlaxcala

Este documento de mediados del siglo XVI es un relato realizado por los tlaxcaltecas que trata sobre la conquista de todo el territorio mesoamericano. En este documento se encuentra la mayor representación de caballos en eventos bélicos acaecidos durante la Conquista, pero también se observan recibiendo tributos de pastos y semillas. El detalle de las escenificaciones refleja tanto el ánimo de las bestias, al ser imposible no notar el enojo en sus rostros cuando se encuentran en batallas destrozando a los enemigos y sus orejas siempre hacia arriba indicando atención, como la posibilidad de distinguir si los animales caminan,

trotan, marchan o atacan (Figura 4). Es interesante notar en este mismo documento, un ejemplar siendo montado por una mujer, posiblemente la soldado española María de Estrada (Regueiro y Cossich, 2021).



Figura 4. Imagen en la que se observa a un indígena cabalgando junto con los españoles y los rasgos del ánimo y las acciones de los equinos. Lámina 18b, *Lienzo de Tlaxcala*. «Proyecto reconstrucción histórica digital del Lienzo de Tlaxcala» Dibujo Camilo Moncada.

Las tres copias del *Lienzo de Tlaxcala* y el llamado “*Fragmento de Texas*”, otro documento del siglo XVI realizado por los tlaxcaltecas para establecer su presencia en las conquistas, representan a los caballos con unas marcas al estilo de los fierros quemados en los muslos. Al respecto hay que señalar que el 16 de junio de 1529, por Ordenanza se debían registrar los hierros quemadores de ganado vacuno, ovino y caballar, apuntándolos en el libro del Cabildo dentro de los siguientes ocho días, de no hacerlo se debían pagar 20 pesos de oro de castigo (Bejarano, 1889: 239). En un estudio realizado para cotejar los fierros representados en las pictografías del *Lienzo* y documentos relacionados con las actas, no hemos encontrado una relación definitiva. Sin embargo, algunas de las correspondencias hipotéticas son los hierros de forma semejante a un número “3” reportados en 1535 para Antón Cayzedo o Miguel López y Diego Muñoz, y su identificación en los caballos representados en la conquista de Metztlán del *Lienzo de Tlaxcala*. Los hierros en forma de “X” reportados en 1534 para Cristóbal de Paredes, se asocian con las marcas de los equinos mostrados en la conquista de Zapotitlán del mismo documento; incluso, esta figura es muy parecida a la

marca que presenta el caballo de Cortés en el *Fragmento de Texas* (Figura 5). Otra posible correspondencia es que la “X” esté asociada con Juan de Sandoval.

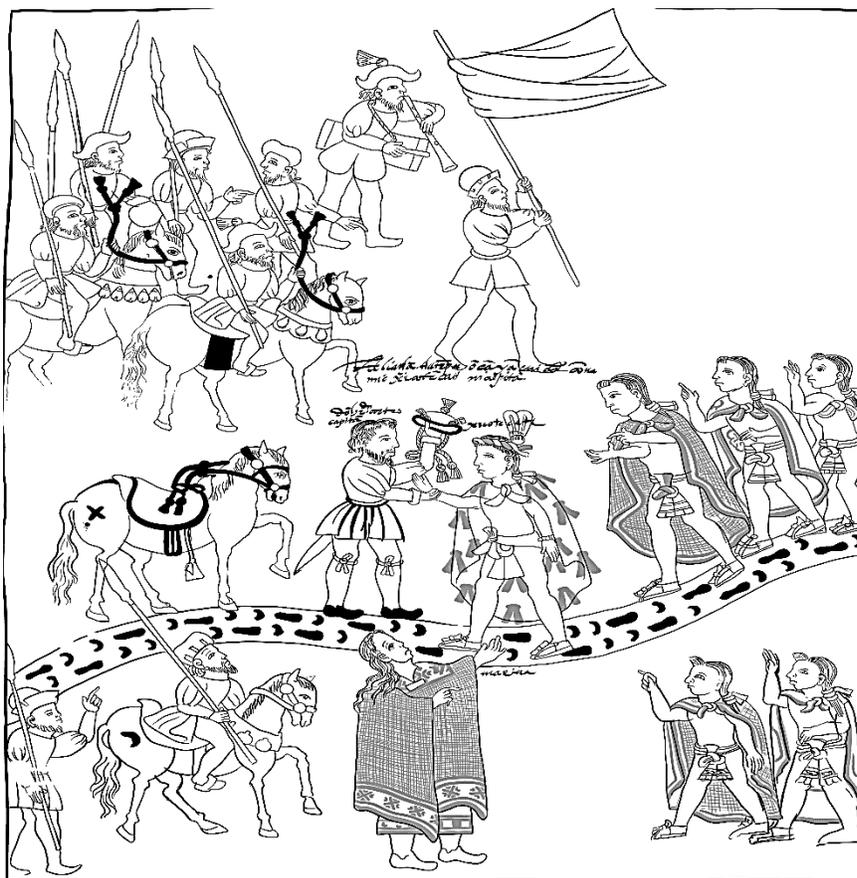


Figura 5. Caballos con arneses decorado y marcas de hierros. Asimismo, se observan las huellas de los equinos en el camino. *Fragmento Texas*, Benson Latin American Collection, LLILAS Benson Latin American Studies and Collections, The University of Texas at Austin.

Un detalle que queda evidente en este documento es la variedad de monturas, arneses y estribos que portan los equinos. La mayoría son sencillas, variando únicamente los colores, pero existen otras muy elaboradas y elegantes. En algunos casos se observan los arneses con cascabeles pequeños alrededor de sus cuellos (Figura 5), lo que habría ayudado en las tácticas de batalla para acrecentar la presencia de estas bestias. Los pobladores seguramente quedaron tan impresionados con los sonidos que emitían estas bestias que los escribas del *Códice Florentino* representaron a uno de ellos con las conocidas volutas de la palabra saliendo de su boca.

En la reproducción del *Lienzo* por parte del tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo a finales del siglo XVIII, encontramos en las primeras páginas las representaciones

de Cristóbal Colón, Hernán Cortés y Francisco Pizarro sobre sus caballos, así como al Rey Carlos V cuyo caballo viste una armadura, mientras que el del Rey Felipe porta una correa con detalles de querubines.

El inicio de la ganadería en el Virreinato

Después de la conquista, el caballo tuvo un papel menos espectacular, aunque no menos significativo. Además de animal de carga, fue un medio de transporte ideal. El caballo posibilitó la gran industria ganadera de la América colonial, misma que afectó grandes áreas del continente; la sociedad colonial americanoespañola fue una de las más equinas en toda la historia y esto estuvo supeditada, en gran medida, a la adaptabilidad del caballo del Viejo Mundo a las condiciones del Nuevo. Pero no fue sino hasta que la frontera española alcanzó los grandes pastizales, cuando las manadas de caballos se hicieron legendarias en la historia de América. En 1526 se dieron las primeras incursiones hacia el norte, en la región actual de San Juan del Río, Querétaro (Crosby, 1972).

Los tres grandes pastizales del imperio español fueron los llanos de Venezuela y Colombia, las praderas que van del norte de México hasta Canadá y las pampas de Argentina y Uruguay.

Para 1531, Nueva España producía menos de 200 caballos al año. Conforme los caballos fueron completando su adaptación al clima y al alimento disponible, la frontera española se movió hacia el norte hacia las planicies en donde había menos enemigos y más alimento. Alrededor de 1550, cerca de 10,000 caballos pastaban las tierras entre Querétaro y San Juan del Río. Conforme la minería fue incrementando, los europeos se fueron moviendo junto con los animales cada vez más al norte, hasta que aumentó el número de bestias alcanzando una magnitud de estampida (Crosby, 1972).

El auge minero a mediados del S. XVI requirió de la apertura de nuevos caminos para la transportación de los minerales con recuas y carretas, al momento en que tribus del norte de México se enfrentaban a los invasores (Medina, 2013). Para 1540, Querétaro ya se consideraba un bastión español contra los grupos nómadas del norte y en 1546 se establecieron las primeras estancias, con lo que se inició el auge ganadero en asociación con el descubrimiento de las minas de Zacatecas. Estos hechos se ven representados con el cambio del contenido iconográfico de las pinturas rupestres en los abrigos rocosos de Guanajuato y Coahuila, entre otros (Viramontes y Salinas, 2016).

Jesús Martínez (2015) ha señalado la posibilidad de que los caballos hayan llegado al noreste de la Nueva España antes que los propios españoles, al escaparse o ser abandonados a causa de la muerte de sus dueños. Enfrentando las adversidades de un clima distinto, así como de predadores como los lobos y los coyotes, los caballos poblaron la región ocupada por los grupos nómadas quienes, en un inicio, al asociarlos con el bisonte americano, comenzaron a cazarlos. Recientemente, un importante estudio que conjuntó datos arqueozoológicos y genéticos con tradiciones orales de comunidades indígenas de Norteamérica confirma esta interpretación (Taylor et al, 2023). Los resultados de este trabajo indican una re-domesticación de caballos cimarrones por pueblos indígenas en la región de las Grandes Planicies antes de cualquier contacto con los europeos. Este proceso de re-domesticación, que tuvo un impacto mayor en la movilidad y el estilo de vida de comunidades como los Lakotas, parece haber ocurrido a principios del siglo XVII, décadas antes de la Revuelta de los Pueblos en 1680, fecha que era tradicionalmente asociada con la entrada del caballo en esta región de Norteamérica.

Los caballos en el imaginario

Entre las primeras leyendas que refieren a equinos en América destaca la del caballo de Cortés en su viaje a Las Hibueras en 1525. Derivado de una herida que sufriría el animal, Cortés se vio obligado a dejarlo en Tayasal, Guatemala, al encargo de Canek, señor de la ciudad. Más de un siglo después, en 1697, el capitán Martín de Ursúa llegó con su caballería a Tayasal acompañado por los frailes Juan de Orbita y Bartolomé de Fuensalida. Los frailes vieron una escultura de piedra en uno de los templos, objeto que identificaron como un caballo sentado en sus partes traseras, al que los indígenas llamaban *Tzimin Chac*, dios del trueno y del relámpago. Tomando en cuenta la crónica de López de Gómara (2021), los frailes supusieron que la escultura era una representación del caballo de Cortés, leyenda que se nutrió con los textos de Díaz del Castillo (2015) así como de los de Avendaño y Loyola (2004), de López de Cogolludo (1954). Sin embargo, Escalante (2004: 49) ha señalado que pudo tratarse de la imagen de un tapir, animal sagrado para los mayas y vinculado al trueno.

En cuanto a las referencias escritas se ha de señalar que los *tlacuiloque* utilizaron libros de caballería europeos como modelos para la representación de las imágenes de caballos en lienzos, códices e incluso en pinturas conventuales (Pérez y González, 2013).

Una de las primeras representaciones gráficas que tenemos de estos animales desembarcando en la Nueva España nos la proporciona el cronista Diego Muñoz Camargo (2000), quien ilustra y describe la llegada de Cortés al puerto de Cempoala así: “*Acalli yc quitlatlati capitan*” (el barco así fue quemado por el capitán)². Al fondo de la lámina 26 de la *Descripción de la Ciudad y Provincia de Tlaxcala* aparece un navío en llamas y, en primer plano, el preciso momento en que un caballo está siendo desembarcado mediante poleas sujetadas a su centro de equilibrio (Cossich, s.f.).

Varios documentos pictóricos representan a los caballos, pero, sin lugar a duda, el que tiene una presencia mayor de equinos es el *Lienzo de Tlaxcala*. Uno de los detalles que destacan en este lienzo es el estrecho vínculo entre los españoles y estos animales transmitido por los escribas indígenas, quienes representaron en distintos lienzos de conquista, como el de *Tlaxcala* y el de *Quauhquechollan*, los caminos recorridos con huellas tanto de pies humanos como de herraduras (Figura 5).

Entre los formatos utilizados para la representación de los caballos durante la Colonia se encuentran los cuerpos rocosos del norte de México. En ellos se han reportado imágenes de caballos, algunos montados por personas con armas junto con otros elementos propios de la tradición católica como lo son las cruces y los altares (Turpin, 1990; Viramontes y Salinas, 2016). De acuerdo con dichos autores, a partir del contacto español, las figuras ecuestres fueron los primeros motivos representados en las pinturas de Guanajuato; de manera esquemática, aparecen de perfil y de forma estática en tonalidades de rojo y negro, características propias de las expresiones iconográficas de los grupos cazadores-recolectores (2016: 38). Algunas variantes en las técnicas y las características de los elementos hallados sugieren la apropiación de espacios ancestrales, así como de una expresión cultural propia de los nativos de la región (Troncoso et al, 2018; Viramontes y Salinas, 2016:42-43).

Por otra parte, en el conjunto conventual de San Miguel Arcángel de Ixmiquilpan (1550), Hidalgo, se observa un programa iconográfico que alude al conflicto entre los denominados chichimecas, representados semidesnudos y armados con arcos y flechas, con grupos sedentarios mesoamericanos que se muestran bien ataviados y armados con *macuahuitl*³. Mientras se pintaban los muros del convento, los

² Aunque las naves de Cortés fueron barrenadas, existe una descripción del texto e imagen del documento del siglo XVI escrito por Muñoz Camargo en la que una nave es quemada. (v. Thomas 1993).

³ Arma de madera larga (70-80 cm) y plana provista de navajas de obsidiana incrustadas en sus extremos laterales.

españoles enfrentaban una guerra contra los propios chichimecas al norte de la Nueva España, mismos que se resistían ante la imposición de un nuevo dogma (Pérez y González, 2013; Vergara, 2008).

También en 1550 se comenzó la construcción del Convento de San Nicolás de Tolentino, actual ciudad de Actopan, Hidalgo. Las pinturas que decoran la capilla abierta representan distintas escenas bíblicas, una de las cuales presenta a dos de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis (Vergara, 2008). En este caso, es importante destacar la relevancia de la religión en el adoctrinamiento indígena utilizando los muros de la capilla abierta como lienzo para atemorizar con imágenes grotescas. Así, el caballo, cuya función inicial en el momento del contacto fuera la de instrumento de guerra, posteriormente se le asignaría un carácter maléfico dentro de la tradición cristiana, relacionándolos con la muerte (Curiel, 1987).

Los equinos en el contexto arqueológico

De manera general, además de las evidencias pleistocénicas de caballos, algunos restos zooarqueológicos se han encontrado de manera muy esporádica en sitios poscolombinos. Es posible que la falta de datos esté relacionada con las características y la composición de los depósitos faunísticos, así como del estatus del caballo en la sociedad colonial, pero también a la indiferencia manifiesta hacia contextos coloniales por parte de los arqueólogos y, más aún, a los restos de fauna.

Muchos de los depósitos registrados corresponden a basureros donde se descartaron desechos generados por la alimentación humana o por actividades artesanales. En la sociedad hispánica colonial, existía un fuerte tabú hacia el consumo de carne de equino (Gifford-Gonzalez y Ueno, 2007:271). Los caballos se usaban en una multitud de contextos distintos, para la tracción, el transporte, o la guerra, pero no eran considerados apropiados para el consumo humano.

El sitio de Puerto Real fue una de las primeras ciudades europeas en las Américas, fundada en el 1503 en la costa septentrional de la isla de La Española y abandonada en 1578. Este sitio ha revelado una importante colección de restos óseos asociados con las actividades humanas del puerto colonial (Deagan, 1995). Sin embargo, los restos de equinos se presentan en proporciones muy limitadas: de más de 160,000 restos faunísticos, solo 14 se pudieron identificar como pertenecientes a caballos (en comparación, se encontraron 2,121 restos de vaca). A pesar de la cantidad limitada, esta colección es de gran relevancia ya que representa unas de las evidencias materiales más antiguas del regreso del caballo a las Américas. El análisis reciente del ADN mitocondrial de uno de estos restos de caballo sugiere que, el animal colonial pertenece al haplogrupo A, una subclase del ramo equino

que se encuentra muy comúnmente en razas del Medio-Oriente al sur de Europa (Delsol et al, 2022). Este detalle parece consistente con la introducción de animales originarios de la Península Ibérica.

Por otro lado, hacia el sur de la Ciudad de México se localizan dos sitios con una ocupación que va del Posclásico Tardío hasta la Colonia: El Japón, asentamiento chinampero en el lago de Xochimilco y El Coroco, sitio en la ribera de lo que fuera el Río Churubusco (Corona-M, 1996, 2012). En el primero, se registraron 34 restos de caballo, en tanto que en el último se recuperaron 658. De acuerdo con Corona-M (1996), las evidencias apuntan a que estos animales pudieron haber sido aprovechados como alimento.

Otro hallazgo es el reportado por Jorge Angulo (1964) sobre la presencia del esqueleto de un equino asociado a los de un felino localizados en el centro de uno de los templos de planta circular en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Aunque el título y el tema generan expectación por su singularidad, de acuerdo con el autor, los materiales culturales utilizados para fechar los restos óseos apuntaban a un entierro “reciente”.

A manera de conclusión

A diferencia de muchas otras especies domésticas traídas por los europeos después de 1492, el caballo, o por lo menos sus antepasados, tuvo una larga historia en el continente americano. Después de su emergencia como grupo taxonómico distinto hace 56 millones de años en Norteamérica, los équidos han tenido una historia evolutiva exitosa que los llevó a colonizar amplias regiones de Eurasia. Mientras florecieron en estas regiones, donde más tarde serían domesticados por grupos humanos establecidos en la región del Mar Negro, las poblaciones de caballos desaparecieron progresivamente del hemisferio occidental al fin de las últimas glaciaciones, hace aproximadamente 10.000 años. Esta situación cambió radicalmente a finales del siglo XV, cuando los primeros europeos en llegar a las Américas trajeron de vuelta especímenes de esta familia.

La introducción de la fauna europea conllevó a profundas transformaciones para la vida, primeramente, de aquellas sociedades que habitaban el territorio mesoamericano. La dieta, la forma de transportarse, las técnicas agrícolas, el comercio y un sinnúmero de aspectos cotidianos fueron modificados.

Desde un principio, las sociedades mesoamericanas asignaron nombres en sus respectivos idiomas a los equinos, lo que reflejaba el campo semántico en el cual

colocaron a estos animales. Por ejemplo, en náhuatl se le llamó *mazatl*, mientras que en maya se le conoció como *kiej*, palabras utilizadas para denominar al venado. Un aspecto que resaltar son los limitados reportes con evidencias de caballos en sitios cuya ocupación sucedió en el momento del contacto español y en la época colonial. Por ello, es pertinente reflexionar sobre el tema y atraer la atención hacia estos contextos que, muchas veces, suelen excluirse para dar preferencia a ocupaciones anteriores. Consideramos que, además de los restos zooarqueológicos de aquellas especies que arribaron con los españoles, otros objetos como las espuelas, los arneses y hasta las armaduras que les protegían podrían recuperarse en aquellos sitios que tuvieron contacto directo con los invasores.

Referencias Bibliográficas

- Álvarez T (1965): *Catálogo Paleomastozoológico Mexicano*. INAH, México.
- Angulo J (1964): Informe sobre un esqueleto de caballo (*Equus caballus*), que se encontró en la plaza de Las Tres Culturas en Tlatelolco, D. F. *Boletín INAH* 17: 36-38.
- Asselbergs F (2010): Los conquistadores conquistados. El Lienzo de Quauhquechollan: una visión nahua de la conquista de Guatemala; Guatemala: Plumsock Mesoamerican Studies/Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica. *Serie Monográfica* 18.
- Bejarano I (2018) [1889]: Actas de Cabildo de la Ciudad de México, México. Edición del Municipio Libre. *Classic Reprint Series*.
- Bruhn A (1986): Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas. *Gladius* 17: 5-56.
- Cabrero L (1998): La fauna prehispánica y la ganadería colonial en la América española. *Anales de la Real Academia de Ciencias Veterinarias*, Vol. 5, N° 5: 167-182.
- Camero-Santano FJ, Martín-Cuervo M (2017): El caballo de Pizarro: representaciones artísticas y realidad histórica. *XLVI Coloquios Históricos de Extremadura*: 121-145.
- Capote J, Tejera A (2000): Troncos originarios de las principales especies domésticas. Rutas migratorias y difusión de las especies. Razas destacadas.

Colonización de América Latina. Formación de razas criollas. I Curso Internacional sobre la Conservación y Utilización de las Razas de Animales Domésticos Locales en Sistemas de Explotación Tradicionales, CYTED.

Capote J, Argüello A, López J, Montedeoca M, Amills M, Tejera A (2002): Introducción de caprinos en las Islas Canarias y América: una visión desde el punto de vista etnológico e histórico. XXVII Jornadas Científicas y VI Jornadas Internacionales de la Sociedad Española de Ovinotecnia y Caprinotecnia: 811-818.

Chavero A [1892]: El Lienzo de Tlaxcala. *Antigüedades Mexicanas*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. México.

Corona-M E (1996): 'El Japón', Xochimilco: análisis arqueozoológico de un sitio en la época de la conquista. *Arqueología* 16: 95-107.

Corona-M E (2012): Patrones faunísticos en dos sitios Post-Conquista de la Cuenca de México. *Etnobiología* 10 (2): 20-27.

Corona-M E (2017): Apuntes sobre el uso de la fauna por las culturas mesoamericanas y su carácter biocultural. *El Tlacuache* 792: 33-34.

Corona-M E (2018): Interacciones humano-fauna en Mesoamérica. *El Tlacuache* 815: 32-34.

Corona-M E (2019): Diversas facetas de las interacciones entre los humanos y los animales: algunos registros en las Américas. *Etnobiología* 17 (2): 5-10.

Corona-M E, Arroyo-Cabrales J (2002): Las relaciones hombre-fauna, una zona interdisciplinaria de estudio. *Relaciones hombre-fauna*: 17-28.

Cossich M (s.f.): Las huellas de la conquista: los primeros caballos y yeguas en la Nueva España, México. Noticonquista <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/875/875> Consultado el 20 de octubre del 2021.

Crosby A (1972): *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. California: Greenwood.

Curiel G (1987): Escatología y psiscomaquia en el programa ornamental de la Capilla Abierta de Tlalmanalco. Iconología y sociedad: arte colonial hispanoamericano. *XLIV Congreso Internacional de Americanistas*, México:

Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Daniel D (1992): Tactical Factors in the Spanish Conquest of the Aztecs. *Anthropological Quarterly* 65 (4): 187-194.

Deagan KA (1995): *Puerto Real: the archaeology of a sixteenth-century Spanish town in Hispaniola*. Gainesville, University Press of Florida.

de Avendaño y Loyola A (2004) [1696]. Relación de las dos entradas que hice a la conversión de los gentiles itzaes y cehaches. Edición de Ernesto Vargas Pacheco. *Serie Investigadores de Mesoamérica* 5. México: UNAM /UAC.

Delsol N, Stucky B, Oswald J, Reitz E, Emery K, Guralnick R. (2022): Analysis of the earliest complete mtDNA genome of a Caribbean colonial horse (*Equus caballus*) from 16th-century, Haiti. *PLoS ONE* 17 (7): e0270600 <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0270600>

de Sahagún B (2006): *Historia General de las Cosas de Nueva España. Códice Florentino*, México: Ed. Porrúa.

Díaz del Castillo B (2015) [1904]: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. México.

Escalante P (2004): Conquistas lacustres. Tenochtitlán (1519-1521). Tayasal (1525-1696). *Arqueología Mexicana* 12 (68): 44-49.

Fernández de Oviedo G (1851): *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Primera Parte; Madrid: Real Academia de la Historia.

García J (1950): *Lo que España llevó a América*. Madrid.

Gifford-Gonzalez D, Ueno Sunseri K (2007): Foodways on the frontier: animal use and identity in early colonial New Mexico. *The archaeology of food and identity*. Editado por Katheryn C. Twiss, pp. 260-287; Carbondale: Carbondale Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University.

Hassig R (1992): *War and Society in Ancient Mesoamerica*. University of California Press

Jansen T, Forster P, Levine M, Olek K (2002): Mitochondrial DNA and the origins of the domestic horse. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 99 (16): 10905-10910 <https://doi.org/10.1073/pnas.152330099>

- Jiménez-Hidalgo E, Carbot-Chanona G, Guerrero-Arenas R, Bravo-Cuevas V, Holdridge GS, Israde-Alcántara I (2019): Species Diversity and Paleoecology of Late Pleistocene Horses from Southern Mexico. *Frontiers in Ecology and Evolution* 7: 394. <https://doi.org/10.3389/fevo.2019.00394>
- Johnson JJ (1943): The Introduction of the Horse into the Western Hemisphere. *The Hispanic American Historical Review* 23 (4): 587-610.
- Lira J, Linderholm A, Olaria C, Brandstrom M, Gilbert MP, Ellegren H, Willerslev E, Lidén K, Arsuaga JL, Gotherstrom A (2010): Ancient DNA reveals traces of Iberian Neolithic and Bronze Age lineages in modern Iberian horses. *Molecular Ecology* 19 (1): 64-78. <https://doi.org/10.1111/j.1365-294X.2009.04430.x>
- Lister A, Kadwell M, Kaagen LM, Jordan WC, Richards MB, Stanley HF (1998): Ancient and modern DNA in a study of horse domestication. *Ancient Biomolecules* 2: 267-280.
- López de Cogolludo D (1954): *Historia de Yucatán*. Comisión de Historia.
- López de Gómara F (2021) [1522]: *Historia de las Indias*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Luís C, Bastos-Silveira C, Gus Cothran E, Oom M (2006): Iberian Origins of New World Horse Breeds. *Journal of Heredity* 97 (2): 107-113. <https://doi.org/10.1093/jhered/esj020>
- Lundgren EJ, Ramp D, Stromberg JC, Wu J, Nieto NC, Sluk M, Moeller KT, Wallach Ad (2021): Equids engineer desert water availability. *Science* 372: 491-495. <https://doi:10.1126/science.abd6775>
- MacNutt FA (1912): *De Orbe Novo. The Eight Decades of Peter Martyr D'Anghera*. Vol. 2. Nueva York: The Nickerbocker Press.
- Martínez JD (2015): El caballo y el hombre en el noreste colonial. *Bordeando el Monte*: 21: 3-8.
- Medina J (2013): *Colotlán y sus arrieros*. Arrieros de México. <https://javiermedinaloera.com/arrierosdemexico/?cat=3&paged=2> Consultado 10 de septiembre del 2021.
- Mitchell P (2017): I Rode through the Desert: Equestrian Adaptations of Indigenous Peoples in Southern Hemisphere Arid Zones. *International Journal of Historical Archaeology* 21(2):321-345. DOI:10.1007/s10761-016-0380-3.

- Mira E (2016): Caballos y la Caballería en la Conquista de América. <https://estebanmiracaballos.blogia.com/2016/011701-caballos-y-la-caballer-a-en-la-conquista-de-am-rica.php> Consultado el 13 de septiembre del 2021
- Mira E (2023): *El descubrimiento de Europa*. Barcelona: Crítica.
- Morales F (1974): *Ordenanzas del Consejo de Gran Canarias (1531)*. Gran Canaria: Ediciones del Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Muñoz Camargo D (2000): *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*. Biblioteca Tlaxcalteca, El Colegio de San Luis.
- Pérez JL, González S (2013): Los murales del Convento de Ixmiquilpan, México, y la imagen de la guerra occidental. *Colonial Latin American Review* 22 (1): 126-147. <https://dx.doi.org/10.1080/10609164.2013.769334>
- Priego-Vargas J, Bravo-Cuevas VM, Jiménez-Hidalgo E (2016): The Record of Cenozoic Horses in Mexico: Current Knowledge and Palaeobiological Implications. *Palaeobiodiversity and Palaeoenvironments* 96 (2): 305-31. <https://DOI:10.1007/s12549-015-0223-y>
- Priego-Vargas J, Bravo-Cuevas V, Jiménez-Hidalgo E (2017): Revisión taxonómica de los équidos del Pleistoceno de México con base en la morfología dental. *Revista Brasileira de Paleontología* 20 (2): 239-268. <https://DOI:10.4072/rbp.2017.2.07>
- Regueiro P, Cossich M (2021): La participación de las mujeres indígenas y españolas en la Conquista. *Conquistas: actores, escenarios y reflexiones Nueva España (1519-1550)*, editado por Martín Ríos Saloma, pp. 259-292; Madrid: Silex- Ultramar.
- Seco-Morais J, Oom MM, Quesada F, Matheson CD (2007): Ancient Iberian horses: a method to recover DNA from archaeological samples buried under sub-optimal conditions for preservation. *Journal of Archaeological Science* 34 (10): 1713–1719 <https://doi.org/10.1016/j.jas.2006.12.009>
- Taylor WTT, Librado P, Tasunke MH, et al. (2023): Early dispersal of domestic horses into the Great Plains and northern Rockies. *Science* 379 (6639): 1316–1323. <https://www.science.org/doi/10.1126/science.adc9691>
- Thomas H (1993): *La conquista de México*. Barcelona: Editorial Planeta.

- Townsend C (2015): *Malintzin: Una mujer indígena en la Conquista de México*. México: Ed. ERA.
- Troncoso A, Armstrong F, Basile M (2018): Rock Art in Central and South America: Social Settings and Regional Diversity. *The Oxford Handbook of the Archaeology and Anthropology of Rock Art*, <https://DOI:10.1093/oxfordhb/9780190607357.013.53>
- Turpin S (1990): Rock Art and Hunter-Gatherer Archaeology: A Case Study from SW Texas and Northern Mexico. *Journal of Field Archaeology* 17 (3) 263–281 <https://DOI:10.1179/009346990791548259>
- Vergara A (2008): *El infierno en la pintura mural agustina del Siglo XVI*. Actopan y Xoxoteco en el estado de Hidalgo; Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Vilà C, Leonard JA, Gotherstrom A, Marklund S, Sandberg K, Liden K, Wayne RK, Ellegren H (2001): Widespread origins of domestic horse lineages. *Science* 291 (5503): 474-477 [https:// DOI: 10.1126/science.291.5503.474](https://DOI:10.1126/science.291.5503.474)
- Viramontes C, Salinas F (2016): Cruces, Altares y Glosas. El Avance Evangelizador en el Arte Rupestre de Guanajuato. *Arqueología* 51: 31-51.
- Xu X, Arnason U (1994): The complete mitochondrial DNA sequence of the horse, *Equus caballus*: extensive heteroplasmy of the control region. *Gene* 148 (2): 357-362 [https://DOI:10.1016/0378-1119\(94\)90713-7](https://DOI:10.1016/0378-1119(94)90713-7)

